

DR441

L2

1855

v.4



DEL MONASTERO DE SAN PABLO LEON

HISTORIA

DE

LA TURQUIA

LIBRO DÉCIMOQUINTO

I

Los dos hermanos que iban á disputar entre sí el imperio no se conocian mas que por el odio que se profesaban desde su infancia. Ninguno de los dos era conocido en la capital. Su padre, Mahomet II, no creia en la naturaleza, porque la habia ultrajado muchas veces con sus asesinatos familiares. Habia te-

nido á sus dos hijos constantemente alejados de su trono y del lugar de su residencia, temiendo las intrigas de palacio ó las insurrecciones militares á que podian dar pábulo sus nombres.

A ambos los habia desterrado, al uno á Magnesia, al otro á Amasia, á las dos extremidades del Asia-Menor, para evitar entre ellos ligas ó rivalidades que pudieran trastornar la paz del imperio. El sentimiento fraternal no podia pues contrabalancear en ellos la ambicion, nacida con su sangre y cultivada en sus almas por sus madres, de apoderarse del trono de su padre excluyéndose mutuamente.

La coronacion de Bajazet II hizo entrever á Djem ó á *Zizim* la suerte que lo aguardaba segun la ley de Mahomet II, que autorizaba al hermano á matar á sus hermanos poniéndolos así entre el trono y la muerte. Si Djem no se hubiera rebelado por el trono, se hubiera rebelado por la vida; era menester reinar ó morir.

Este jóven principe, infinitamente mejor dotado por la naturaleza que Bajazet II, no tenia aun

veinte años. Los retratos de los historiadores de Rodas, de Roma y de Francia, pais que conmovió con sus desgracias, lo describen de elevada estatura, de magestuoso continente, de figura griega ó italiana como la de su madre, esclava veneciana robada de una isla del Archipiélago, de mirada triste, de boca graciosa, de gesto afable, de una elocucion facil y llena de imágenes, en la que se descubria la poesia oriental de su cuna bajo la elocuencia varonil de su rango y la dignidad de sus infortunios. Se ha visto ya que sobresalia en los tres ejercicios de espíritu y de cuerpo que constituian entónces la caballería de los persas ó de los turcos: hacer versos, manejar el sable, y disputar á fuerza y ligereza, con los miembros desnudos y untados de aceite, con los mas célebres luchadores de la Albania ó de la Persia. El valor mas grave que habia mostrado en su virreinato de Cilicia peleando contra los hijos de Caraman Oghli, el atractivo de su juventud, la dulzura indulgente de su gobierno, le habian conquistado el afecto de toda la Caramania, en donde suavizaba, aunque vencedor, el yugo de su padre. Los soldados y el pueblo de Magnesia eran adictos á su causa por el amor que habia sabido inspirarles. La ingrata fama y el caracter salvaje de Bajazet estimulaban á los asiáticos á preferir á Djem. Con tal disposicion en las poblacio-

nes y las tropas de Asia, la proclamacion espontánea de Djem debia responder unánimemente desde Erzerum hasta Brusa á la proclamacion de Bajazet. Toda la Caramania se levantó para sostener los derechos de su favorito. Djem no necesitó mas que consentir en la rebelion contra el candidato de los genízaros. Sus tropas corrieron á las armas voluntariamente, y cercaron en pocos dias á Magnesia con un ejército igual en número y mas entusiasta que el de Scutari. Se dirigió hácia Brusa, capital del Asia otomana con la vanguardia de su ejército, esperando entrar en ella sin obstáculo, y alzar trono contra trono. El tiempo y su popularidad consumarian la obra.

III

Pero los turcos tienen un sentimiento del derecho en la familia y en la posesion hereditaria del gobierno que domina sus ímpetus y preferencias. Para ellos la legitimidad es divina, el capricho de las predilecciones populares humana. Bajazet II tenia en su favor la legitimidad.

El sultan de Constantinopla, al saber la proclamacion del sultan de Magnesia y su marcha á Brusa, se apresuró á embarcar algunos miles de genízaros con direccion al puertecillo de Mudania, próximo al monte Olimpo, para cortar el camino de Brusa á su hermano y disputarle la posesion de aquella capital de su padre. Los dos ejércitos llegaron al mismo tiempo á las opuestas puertas de la ciudad. Brusa, invitada en nombre de los dos sultanes á abrir sus puertas, temió engañarse y escoger la peor causa y fortuna, vaciló durante algunos dias, difirió obedecer bajo diversos pretextos: pero en tanto que las autoridades de Brusa negociaban así para ganar tiempo, el pueblo, ebrio en favor de Djem, le enviaba por encima de las murallas víveres, subsidios, y soldados. Sostenido por estas ovaciones populares, Djem atacó á los genízaros de Bajazet al pié de los muros de la ciudad, los precipitó en el mar, hizo prisionero á su general Ayas-bajá, y entrando vencedor en Brusa, fué conducido en triunfo al palacio de sus abuelos. Proclamáronlo segunda vez sultan, se acuñaron monedas, se hizo conmemoracion de él en las oraciones de las mezquitas; le entregaron el tesoro; gobernó por espacio de diez y ocho dias el Asia, y envió sus firmanes á la Europa desde esta capital de la Bitinia.

IV

Sin embargo, ora porque no se hiciese ilusiones acerca de la desigualdad de sus fuerzas comparadas con las del sultan que poseía á Constantinopla, los visires, los bajás, los genízaros, la flota, las tribus del mar Negro y de la Europa, ora porque temiera aquella guerra fratricida que iba á ver en pugna la sangre de Othman, Djem trató de restablecer la concordia con condiciones equitativas entre él y su hermano.

Habia á la sazón en Brusa una sultana llamada Seldju-Khatun, tía de Mahomet II, hermana del abuelo de Djem y de Bajazet, que vivía honrada y estimada por su mérito en el antiguo palacio. Djem la suplicó que fuese á Constantinopla á interponer su sabiduría y su intercesion entre su hermano y él. La autorizó para que ofreciese á Bajazet la division desigual del imperio, division que daría á Bajazet la Europa, las islas, el Archipiélago, el mar Negro, la Servia, la Valaquia, el Adriático, dejándole á él la soberanía del Asia. Seldju-Khatun, seguida por un numeroso cor-

tejo de mujeres, de eunucos, de guardias y enviados inferiores, se dirigió á Constantinopla. Cumplió su mision con la doble autoridad de su ternura de tía y de su carácter de embajadora. Acogida con respeto por Bajazet, le expuso elocuentemente los peligros del imperio y los derechos de la sangre.

Bajazet sonrió: « Los reyes no tienen parientes, » fué su respuesta.

V

Malograda esta negociacion el imperio fué entregado á la suerte de las armas. Djem, cuyo destino era sufrir alternativamente la traicion de sus amigos y de sus enemigos, de los musulmanes y de los cristianos, estaba ya vendido á Bajazet II por su camarero mayor Yacub. Bajazet habia prometido á este consejero íntimo de su hermano el gobierno de la Anatolia, si contribuía á extinguir la guerra civil aconsejando á Djem su propia perdicion. Yacub aconsejó en efecto al sultan de Brusa que dividiese su ejército en dos cuerpos. El uno, mandado por un general inepto, debía hacer frente en Nicea al ejército de Bajazet,

que avanzaba por la llanura; el otro, á las órdenes de Djem en persona, cubría á Brusa y el monte Olimpo. Esta separacion del ejército en dos partes, debilitando ambas alas, dió la victoria á Bajazet.

Una batalla reñida bajo los muros de Nicea, cerca del obelisco de Constantino, hizo replegar á los partidarios de Djem hasta Ienischyr. Bajazet se aproximó á la ciudad, é incorporóse Keduk-Ahmed-Bajá, primer general de Mahomet II, que volvía de Italia, cubierto de gloria, y á quien se creía animado de un implacable resentimiento contra Bajazet á consecuencia de antiguos agravios.

Djem vino de Brusa, y aumentadas sus fuerzas por bandas de turcomanos y caramanios, combatió heroicamente, pero en vano. La presencia de Bajazet, la disciplina militar de los genízaros, el nombre y los consejos de Keduk-Ahmed, y en fin, la traicion de Yacub, que hizo pasar el rio á la caballería de Djem, y que le cortó la retirada, contribuyeron á la derrota del sultan de Brusa. Solo la noche favoreció la fuga de los turcomanos y de los caramanios. Las tinieblas dejaron alguna esperanza de que podrian reunirse otra vez á Djem. Oculto en un bosque inmediato al campo de batalla con un puñado de partidarios, confiaba en encontrar al dia siguiente á sus tropas y tentar de nuevo la fortuna. El sol, al levantarse, le

mostró la vanidad de sus esperanzas. La derrota habia sido completa; él solo pudo huir escoltado por sesenta ginetes hasta las ásperas gargantas de Ermeni, á dos jornadas de Ienischyr. Allí se paró para que descansaran sus caballeros y para curarse una herida que habia recibido al huir, de una cox que le dió un caballo en una pierna. Tan desprovisto habia salido de sus tiendas de Ienischyr despues de la batalla, que su gran visir tuvo que prestarle su propio manto para que se cubriera durante su sueño en el suelo, y lo librara del frio y la humedad de las noches.

En Koniah encontró á la sultana su madre, viuda de Mahomet II, y su haren. Cogió á su familia, sus tesoros y trescientos servidores, y por el camino de Tarsus fué á pedir asilo en Siria al sultan de Egipto. Alepo y Damasco lo recibieron como á un sultan desposeido, que habia de reconquistar muy pronto el trono. El sultan de Egipto le ofreció en el Cairo hospitalidad en el palacio de su visir y una córte digna de su rango. Entregado á la inaccion, y deseando adquirir á los ojos de los otomanos fama de santidad, que acrecentase el número y el fanatismo de los partidarios que habia dejado en Asia, hizo, mas como creyente que como príncipe, la peregrinacion de Jerusalem y de la Meca. Sus piadosos viajes

hicieron perder por algun tiempo sus huellas en los desiertos de la Arabia.

Volvamos á Bajazet II.

VI

Al dia siguiente de su victoria, los turcomanos de Ermeni, que habian insultado y saqueado á Djem despues de su derrota, fueron á pedir á Bajazet el premio de su vencimiento y de su cobardía. El sultan les dijo que iba á darles la recompensa que merecian. Los hizo cercar por sus guardias, y los mandó crucificar en los árboles del bosque. « Ese es, dijo á « los paisanos turcos de aquellas provincias, el salario de los esclavos que toman parte en las disputas « de los sultanes. ¿Cómo se han atrevido esos miserables á levantar la mano y amenazar la cabeza « sagrada de mi hermano? »

Los genízaros, al volver á Brusa, exigieron en tumulto que se les permitiera saquear la ciudad en castigo de su traicion. Bajazet, que se avergonzaba de entrar como un devastador en su segunda capital, llegó á rogar con las lágrimas en los ojos para

ablandar á sus pretorianos: « Concededme á mí solo, les dijo, la ciudad de mis mayores. » Pero alentados por la impunidad del saqueo de Constantinopla, los genízaros eludieron las súplicas de su sultan. Bajazet no pudo librar la ciudad del saqueo mas que pagando el rescate de Brusa á sus soldados. Cada genízaro recibió mil áspres en compensacion de su parte de despojos.

Keduk-Ahmed, á quien los historiadores italianos y franceses llaman impropriamente Acomat, error sancionado por Racine, le llevó el ejército victorioso de Caramania á Constantinopla. El servicio que Keduk-Ahmed acababa de prestarle en Ienischyr no habia borrado por completo las primeras impresiones de Bajazet contra este *Belisario* de los otomanos. Un odio antiguo vivia grabado en su memoria. Un dia que Bajazet acompañaba, siendo jóven, á su padre Mahomet II, á una de sus campañas, Keduk-Ahmed habia apostrofado rudamente, al revistar el ejército, al hijo del sultan, por la indisciplina que reinaba en las tropas de su mando.

« Te arrepentirás de tu insolencia cuando sea tu « soberano, le dijo Bajazet humillado.

— « Y yo, replicó el viejo guerrero, yo juro aquí, « por la cabeza de tu padre, que si llegas un dia á ser

« sultan, no desenvainaré mi alfange por un soberano
« no como tú. »

En la revista de las tropas en la pradera de Scutari, Keduk-Ahmed apareció en efecto ante el sultan á la cabeza de la caballería de los spahis sin armas, y con el sable colgado en el arzon de la silla de su caballo.

« ¿Qué quiere decir ese traje? » le preguntó el sultan sorprendido. Keduk-Ahmed le recordó orgullosamente su juramento de no ceñir el sable para su servicio.

— « Te relevo del compromiso, le dijo Bajazet; eso es acordarse de cosas muy atrasadas; olvida las faltas de mi juventud, y sírvenme como has servido á mi padre. »

VII

Sin embargo, apenas volvió á Constantinopla, Keduk-Ahmed, orgulloso con su fama y el ascendiente que tenia sobre los genízaros, criticó altamente la cobardía del gran visir y del sultan, que en vez de combatir, negociaban con los caballeros de Rodas y

con los turcomanos siempre insurreccionados de Koniah. Gran visir en tiempo de Mahomet II, miraba con desden todo puesto secundario; era uno de esos hombres que no reconocian un superior sino á condicion de dominarlo.

Un recuerdo mas amargo de familia emponzoñaba el alma de Keduk-Ahmed contra el gran visir Ishak-Bajá. La jóven mujer de Keduk-Ahmed, robada de su haren por el príncipe Mustafá, ajusticiado á consecuencia de este crimen por su padre, era hija del gran visir Ishak. Despues de la muerte del raptor, Keduk-Ahmed habia juzgado á esta mujer demasiado culpable ó deshonorada para ocupar su lecho, y la habia repudiado y devuelto á casa de su padre. No olvidó este semejante ultraje. Las murmuraciones y las quejas de Keduk-Ahmed hubieran por otra parte contribuido á conservar este recuerdo.

Bajazet soportaba impacientemente la necesidad de un general tan querido de sus tropas, que daba tanto valor á sus servicios y que se imponia á su propio señor. Su cólera, que no osaba estallar en la calma y la reflexion, estalló en la embriaguez.

Keduk-Ahmed, invitado con los visires y los bajás del serrallo á un festin en el palacio, asistió á él por deferencia á su soberano. Bajazet, contra las reglas de la costumbre y los preceptos de la religion, mandó

servir vino de Chipre y de Schiraz, y obligó á beber á sus convidados con su ejemplo y sus provocaciones. Keduk-Bajá, austero observador de la ley del Coran, cedió con repugnancia á las instancias del sultan, y mojó sus labios en la copa. Bajazet bebió hasta embriagarse. Con el calor del vino, que vende los secretos del alma, el sultan, sublevando el peso de la opresion con que lo abrumaban el orgullo y las exigencias de sus generales, dijo imprudentemente que un reinado pacífico como el suyo no tenia necesidad de hacer pagar á sus pueblos la gloria y la codicia de ambiciosos soldados que devoraban el imperio, y que él sabia, reduciendo el número y el prest de los sediciosos genizaros, reprimir la soberbia de sus caudillos y reducirlos á la modestia y á la obediencia de los esclavos del sultan.

Keduk, señalado por estas palabras y trasportado él mismo por la audacia que le daban los vapores del vino, preguntó al sultan quien habia afirmado su trono, y se desató en violentas quejas contra la ingratitud de los soberanos y de los visires que cimentan su poder con la sangre de los soldados, pareciéndoles luego penoso el recompensar á sus viejos servidores. Manifestó á Bajazet, aun poco seguro para tener tanta arrogancia y ser tan olvidadizo, cuan peligroso era descontentar con tales revelaciones, si

llegaban á traspasar, á los genizaros que podian privarlo del trono que ellos le habian dado. Un silencio aterrador acogió este discurso.

A estas palabras, Bajazet olvidó toda prudencia; se ruborizó, hizo una señal á uno de su servidumbre y le habló en voz baja. Al fin del banquete trajeron, con arreglo á los usos del Oriente, cuando se quiere hacer alarde de munificencia, un vestido de honor á cada uno de los convidados. El que pusieron delante de Keduk-Ahmed era negro, signo siniestro de reprobacion y de luto. Keduk-Ahmed lo comprendió y se levantó para retirarse del serrallo y prepararse á morir.

« Quédate aquí, » le dijo con un acento que revelaba de antemano la sentencia del sultan, cuyo furor subió de punto con el vino; y con el gesto ordenó á los *chiaux* que despojaran al antiguo visir de sus vestidos, que lo azotaran con varas y lo extrangularan despues de haberlo ultrajado con sus golpes.

« Cobarde é ingrato tirano, exclamó entónces el visir que no necesitaba ya contener su enojo, puesto que meditas mi muerte, porqué con un refinamiento impio de venganza, me has obligado á manchar mi alma bebiendo vino contigo? »

Los verdugos habian desgarrado los vestidos de Keduk-Ahmed sobre su cuerpo y herido su espalda

con sus varas; ya traían el cordon para ahorcarlo, cuando el kislár-aga, ó jefe de los eunucos, amigo secreto de Keduk, se echó á los piés del sultan; le rogó que suspendiese la ejecucion, á fin de averiguar si se sublevarian ó no los genízaros al saber la desgracia y la prision de su general.

Sorprendido con esta prudencia, mandó encerrar á Keduk desnudo y ensangrentado en la mazmorra del serrallo.

VIII

Entre tanto pasaba la noche sin que el-hijo de Keduk-Ahmed, que adoraba á su padre y que velaba para aguardarlo, volviese á su casa. Inquieto con esta tardanza, corre á casa de uno de los visires convidados al festin, y averigua por él algunos detalles que le hacen adivinar lo demas. Temblando por la vida de su padre, si respira todavía, ó ambicionando vengarlo si ha perecido, el hijo, cuya ternura excita su elocuencia, va presuroso al cuartel de los genízaros, los despierta, les arenga, les representa á su general víctima de su adhesion á sus intereses, cayendo bajo

los deshonrosos golpes de un borracho, próximo á expiar durante la noche su virtud en un suplicio.

Con sus lágrimas, sus acciones y sus palabras, diez mil genízaros, todos ofendidos en la persona de su jefe, se esparcen por las calles, llaman á sus camaradas á las armas, los provocan á dirigirse al palacio, á incendiar el serrallo para libertar á su defensor de las injurias de un sultan ingrato, si llegan á tiempo, ó para vengar su muerte juntando su cadáver con el cadáver de su asesino.

Muy pronto treinta mil genízaros, con antorchas y los sables en la mano, se acercan á las puertas exteriores del serrallo, las derriban á hachazos, y se precipitan á través de los patios á las segundas puertas para penetrar en el palacio.

Bajazet II, advertido por el tumulto, por las antorchas, por los gritos de sus soldados, manda obstruir las puertas al jefe de los eunucos, y asomándose á un balcon elevado, pregunta con voz trémula á los asaltadores el motivo de haberse amotinado.

« Miserable borracho, gritan mil voces irritadas, « vuélvenos nuestro general, ó vamos á quemarte « vivo en tu serrallo.

— Os han engañado, respondió el sultan, vuestro general no ha muerto.

— « ¡Qué nos lo enseñen, qué nos lo traigan! » replican los soldados.

Keduk-Ahmed, sacado precipitadamente de su calabozo, ántes de que hubiera tiempo de volverle sus vestidos, apareció al lado de su señor á la luz de las antorchas, con la cabeza, los hombros, las piernas, los piés desnudos, cubierto únicamente con una camisa de tela ordinaria, rota y manchada de sangre por los golpes que le habian dado los esclavos. La indignacion y el horror se redoblan en presencia de aquella desnudez, mas deshonrosa que la misma muerte á los ojos de los soldados. Bajazet hubiera sido despedazado si la víctima hubiese dejado hablar solamente su silencio: Pero el héroe fué tan magnánimo como habia sido ingrato el sultan. Con el gesto exigió á los insurrectos que respetasen al soberano.

« Sí, les dijo luego, os han engañado, el sultan « (¡ Dios lo proteja !) no ha meditado mi muerte. Con « el calor del banquete he faltado al respeto que todo « otomano debe á su señor; me ha castigado, tal vez « con excesiva severidad, pero yo merecia un castigo « y le debo la vida. No seais conmigo mas indulgentes « ó mas duros que yo mismo. Apaciguaos, pedid perdón « á vuestro señor por haber creído una calumnia, y haber violado el umbral de su sagrado ser- « rallo; yo voy á pedirle para vosotros el perdon que

« me concede á mí. Volved en paz á vuestros cuarte-
« les, y olvidemos todos la memoria de esta noche de
« error y de crimen. El que no sabe obedecer hasta
« la muerte á su soberano no seria digno de ser obe-
« decido por vosotros! »

IX

La generosidad de este grande hombre calmó el furor de los genízaros. Al momento le pusieron los vestidos y las armas de que habia sido despojado, y lo llevaron en triunfo á su casa. Al dia siguiente volvió al divan con el simple título de visir, pero con la autoridad de un servidor impuesto á su sultan por el favor del pueblo y de sus soldados.

Bajazet II fingió haber restituido toda su confianza antigua á Keduk-Ahmed; pero bajo aquel disimulo ocultaba su sed de venganza. Fingió la necesidad de un viaje á Brusa para separar al bajá de sus partidarios. Keduk debia acompañarlo en virtud de las funciones que ejercia en el divan. Dispersos los genízaros bajo diversos pretextos en las guarniciones de Europa, ó encerrados en Constantinopla, no pudie-

ron concertarse para salvar á su general. Algunos dias despues de la llegada del sultan á Brusa, Keduk-Ahmed fué estrangulado en lo interior del serrallo. Se extendió el rumor de una muerte repentina y natural. Su crimen consistía en haber servido bien á su amo y en tener el sentimiento de su mérito y de su virtud.

Así pereció el mejor general de Mahomet II. La muerte arrebató á los genizaros su ídolo y su moderador. No tardó mucho Bajazet en arrepentirse.

X

De vuelta el sultan en Constantinopla, los genizaros, sospechando el designio mal disfrazado de aniquilarlos en la súbita desaparicion de su general y la diseminacion de sus *ortas*, volvieron sin órden á la capital, se comunicaron sus temores y se pusieron de acuerdo para impedir la ruina del cuerpo. Pero el respeto que profesaban á la casa de Othman y las exhortaciones de sus agas les hicieron ocultar sus sediciosos intentos bajo el manto de la disciplina. Temiendo sublevar por segunda vez contra ellos la ca-

pital, indignada todavía con el saqueo de Constantinopla á la muerte de Mahomet II, y perder así toda popularidad en el imperio, resolvieron limitar su revuelta á la ausencia y á la inmovilidad. Se retiraron ordenadamente y armados, y fueron á acampar en sus tiendas bajo los muros de Constantinopla, á la vasta llanura de Daud-Bajá, camino de Andrinópolis. Desde allí, su número, su silencio, su actitud, provocaban al sultan al temor, á la capital á la insurreccion.

Levantaron atrincheramientos al rededor de su campamento y se guardaron como tropas en presencia del enemigo. Abriéronse negociaciones entre ellos y los visires, con el objeto de lograr que los desagraviaran y dieran garantías á sus privilegios. Los soberanos otomanos reconocieron otra vez mas el peligro de aquellas corporaciones armadas que defienden las monarquías al par que las esclavizan. Bajazet II se vió obligado, despues de haber hecho vanas concesiones á sus exigencias, á pedir á sus pretorianos que le permitieran entrar en el campamento mas bien como suplicante que como emperador. Por la salvacion de la patria los exhortó á olvidar sus agravios; él les juró, por el alma de su padre, que no pensaba ni reducir su número, ni disminuir su sueldo, ni atentar á sus privilegios; les prometió no reinar sino por ellos y para ellos.

La presencia, las promesas, los juramentos del sultan; el orgullo, exaltado con la humillacion de su señor ante ellos; su rebelion, recompensada en vez de castigada, los inclinaron á entrar en la obediencia. Volvieron tranquilos, pero siempre con actitud amenazadora, á la ciudad. Bajazet, de costumbres pacíficas, no era aficionado mas que á los deleites sensuales; pero conoció que aquella milicia devoraria el imperio si no le daba otros despojos que devorar. Declaró la guerra al soldan de Egipto y de Siria.

XI

El Egipto y la Siria, colonias religiosas de los kalifas árabes desde el tiempo de Mahomet, habian formado una soberanía independiente y con frecuencia conquistadora bajo los sucesores de los kalifas. Selah-Eddin ó Saladino, el mas heróico de estos soberanos, habia fundado allí la dinastía de los ayubitas sobre las ruinas de los fatimitas del Cairo y de los cruzados que habia echado del Oriente. Sus sucesores, cansados de la molicie y de la inmovilidad de los egipcios y de los sirios, razas enervadas á la sazón por larga

esclavitud, mas propias para las artes y la agricultura que para la guerra, habian buscado su fuerza contra sus súbditos y contra los cruzados en una raza militar, que no tenia mas oficio que el de la guerra. Esta raza era la circasiana, pueblo belicoso que vive en las faldas del Cáucaso, entre el mar Caspio y el mar Negro.

Los circasianos, escitas ó tártaros de origen, de costumbres independientes, de brazos robustos, de hábitos aventureros, de caracter ambicioso, son los albaneses del Asia. Indiferentes á las religiones y á las dinastías, amigos de la guerra, sirven y pelean por el sueldo y la gloria, y toman parte en todas las querellas de los grandes imperios, árabes, persas, sirios, egipcios, turcos, rusos, con quienes confinan por sus montañas. De esa suerte, los montañeses de la Helvecia alquilan su fidelidad y venden su sangre á las monarquías, sin averiguar en donde está la justicia. Los pueblos de esta naturaleza, aunque libres en su suelo, son admirables instrumentos de tiranía fuera de su patria.

Pero los circasianos tienen sobre los suizos el genio emprendedor, y la imaginacion caballeresca que hace soñar á los simples soldados con tronos y con imperios, precio de sus hazañas. Con un sable y un caballo los circasianos que bajan de las montañas